

Jerónimo Lagos L.

POEMAS

AGUA DE NORIA

TENIAMOS diez años? ¿Once? Ya no me acuerdo. Pero sí me acuerdo de que fué entonces la madrugada en mi corazón. Aquellos días eran más sedantes y más limpias las noches. Una claridad sin fulgores tamizaba las cosas. Los árboles daban frutos olorosos y las almas despertaban inefables. Se soñaba lo que nunca hubiera podido ser.

¡Zuly! Recordándola, solía yo repetirme, escondido en las sombras de mi alma: «La Zulita es linda, linda».

Llegaban la Mina, Carlos, la Lucía. Y bajo la Luna de mi casa, dichosos cantábamos en ronda:

«Que se abran las puertas,
que se abran las puertas
al rey de los Borbones...»

. Una noche me atreví a ceñirla en abrazo fugaz. Se quedó inmóvil. Y triste. Triste ya.

Cansados—y hasta pensativos—nos sentábamos en un banco del jardín. La Luna de Enero difundía su azul diafanidad por entre naranjos y duraznos, y el aroma de la noche y la luz sideral nos envolvían. ¡Unas ganas de llorar!

De repente, oíamos un tamboritear de nueces en los

ladrillos del corredor. Carlos había subido hasta el sobrado y nos llamaba a recogerlas.

Acudíamos en algazara. Luego, sedientos, mermábamos el agua de la destiladera. Mi Nena largaba el balde al fondo de la noria. Nos acercábamos cautelosos hasta los rosales que florecían al borde del brocal. En el fondo del agua ardían las estrellas...

¡Nana, Nana! Sácame una... *junita!* Y, al oído de mi amiga, despacito: ¡para ti, Zulita!

El balde se hundía ruidosamente, y las estrellas, asustadas, se escurrían en el agua. Como tomados por repentina sugestión, aguardábamos suspensos la recogida del cordel. Dos, tres pétalos dispersos se mecían sobre el agua límpida del balde... ¡Una ilusión deshecha!

Comenzábamos a aprender la vida.

MELISANDA

MMELISANDA no era de la tierra.

Bajó hasta ella una noche de invierno en la randa de oro de una estrella ignorada.

Era tímida, suave, casi transparente. Su carne tenía la palidez azul de la Luna y sus ojos eran dos luciérnagas en la noche.

Cuando Golod la encontró a la orilla de la fuente, las tonalidades verdes del bosque ponían en los ojos de Melisanda el resplandor de la esperanza.

Melisanda era blonda y fina como una flor. Sus palabras fluían húmedas de rocío.

Peleas fué la voz hermana, presentida por ella en los valles oscuros de la tierra.

Pero Golod era el Destino.

Y cuando el Amor cantaba en los labios de los amantes el himno de la vida, fué Golod quien puso el sello implacable del silencio sobre los labios enloquecidos.